

Viaje por el *Diario de viaje de Montaigne*

ADOLFO CASTAÑÓN

El *Diario de viaje por Francia, Alemania e Italia*¹ de Michel de Montaigne viajó en el tiempo muchos años, ciento noventa y cuatro, antes de ser publicado. El *Diario* es una obra compuesta en más de un sentido: tan pronto escrito por un secretario (112 páginas), tan pronto por el propio autor (166 páginas), redactado en parte en francés y en parte en italiano, el texto vacila entre las personas del verbo (de “el señor Montaigne” visto por el secretario anónimo a la primera persona del plural en francés y en italiano). Las 278 páginas del manuscrito cuentan los 430 días (17 meses, una semana y un día) del itinerario. Montaigne viaja alrededor de un año y medio en busca de la salud. Va delectando la tierra con los pies y podría decir con el Nietzsche de la *Gaya ciencia*: “Yo no escribo sólo con la mano, el pie también quiere escribir conmigo. El camino va por mí, firme y valiente, unas veces por el campo, otras por el papel.”²

Montaigne se pasea por placer, es cierto, pero las de su viaje son estaciones termales, la puntuación de su paseo la dan los cálculos, piedrecillas y arenillas que arroja continuamente su esfínter urinario. El hilo de Ariadna que lo guía por entre baños, duchas y termas se desdobra, hacia el interior, en una sonda líquida; Montaigne viaja, se baña y bebe. Al paisaje transitado y descrito corresponde una réplica clínica de flemas, humores, piedrecillas y cálculos de diversos tamaños y colores que él mismo se encarga de describir. La suya es entonces una curiosa soledad pues,

adonde quiera que va, se las arregla para armarse una compañía, departir, conversar y aun fungir como anfitrión en fiestas que él mismo organiza y en cuyo paisaje hasta condesciende a bailar: “tras la comida hice un baile con los campesinos, y aun bailé para no parecer reservado” (*Dv.* p. 145). Pero es el baile de sus entrañas el que más le interesa. Cuenta el número de vasos que bebe en cada lugar, compara la densidad, calidad y propiedad de las diversas aguas, aconseja sobre lodos y emplastos, registra flatulencias, irrigaciones, deposiciones, contrasta la orina por sus colores y densidades y va midiendo los husos horarios de su biología en ese otro reloj de arena que es su propio cuerpo, recipiente de cálculos, alacena de arenillas.

El viaje es un ensayo, una experiencia del cuerpo. El ondulante Montaigne busca el agua, la bebe, se expone a ella en duchas e inmersiones. Lo vemos remojarse y flotar por media Europa, y apenas baja del caballo, cuando ya se mete a una tina. El agua parece ser el elemento natural del ondulante, del hidrófilo Montaigne. Con una restricción: la del mar. Ni siquiera asoman como una alusión los baños marinos en el horizonte de ese mapa vivido y, por así decir, tatuado que es el *Diario de viaje por Italia* y de hecho desiste de la visita a Génova con tal de no embarcarse: “No soportando yo el agua por el defecto del estómago.” Cabalgar es necesario: navegar no. Viajar será encauzarse a pie o a caballo hacia los baños y estanques para tomarse el pulso, compulsar la hinchazón de los esfínteres contra la pesadez de la cabeza, medir por fuera y por dentro el nivel de las aguas. A medida que se familiariza con el mundo de los baños, se va abriendo paso su fama de conocedor, de juez de aguas y docto fiel de la hidroterapia, sagaz paciente de sí mismo

¹ Michel de Montaigne, *Diario de viaje por Francia, Alemania e Italia*, Edición bilingüe de José Miguel Marinas y Carlos Thiebaud, Debate CSIC, Madrid, 1994, 211 pp. [En adelante *Dv.*]

² Friedrich Nietzsche, *El gay saber*, adición de Luis Jiménez Moreno, Espasa-Calpe, Madrid, 1986.

que tanto sabe y tanto se sabe que sabe que de aquí y allá se le solicita consejo:

De modo que este día y yendo ciertos médicos a hacer una consulta importante para un joven caballero, el señor Paulo de Cesi (sobrino del cardenal de Cesi) que se hallaba en estos baños, me vinieron a rogar de parte suya si tenía el placer de atender a sus opiniones y controversias porque él estaba resuelto a atenerse del todo a mi juicio. Me sucedieron muchas cosas parecidas aquí y en Roma. (*Dv.* p. 154.)

¿Qué hubiese sucedido si no lo alcanza en Italia el mensaje de que, por segunda vez, ha sido elegido alcalde de Burdeos? ¿Cuánto más habría durado el viaje de Montaigne? Sólo sabemos que “cuando más me acercaba a mi casa, más difícil se me hacía lo largo del camino” (*Dv.* p. 201). “Me aparto con gusto del gobierno de mi casa” (*Ensayos*, t. III, núm. 9). “En mi casa debo responder de todo lo que va mal ...”

Constatemos por lo pronto que del *Diario de viaje a Italia* han salido para los *Ensayos* —como muestran y demuestran J. A. Marina y Carlos Thiebaut en su admirable edición— numerosas calas e interpolaciones, pues si el viaje es la horma del *Diario*, éste a su vez se divierte en los *Ensayos* impregnándolos con el cálculo de su arenilla vivida. Si en los *Ensayos* vemos asomarse al espejo, por así decir de cuerpo entero, la vida de la mente, en el *Diario* aprenderemos que a la pasión del pensamiento la sostiene la pasión de la observación, el acucioso escrutinio de lo vivido que se inicia en el examen de sí mismo, de los humores y orinas, por más que —dice Montaigne— “es una costumbre tonta contabilizar lo que se mea.” A esa contabilidad la redime el viajero que sabe observar lo mismo el peso del agua en el riñón o los impulsos del agua bebida hacia el sudor que la derrama de ese otro, simbólico líquido, metal contante y sonante. “Cuando viajo no tengo que pensar más que en mí mismo y en el empleo de mi dinero” (III, 9).

El materialismo de Montaigne durante este viaje no deja lugar a la discreción: desde los precios de caballos, posadas y alimentos hasta la calidad y consistencia de los lechos y ropas de cama (no pocas veces se verá obligado a dormir sobre una mesa por temor a los piquetes de las chinches); la calidad de la vajilla, la alimentación, los diversos enseres domésticos, signos visibles de las inasibles fisonomías morales de cada pueblo. Si es más cara Alemania que Francia o si en Italia —el colmo— el vino es regular, el queso bueno pero el pescado escaso, salado o en salmuera, rara vez fresco. Como si fuese una mezquina ama de llaves, un conserje trashu-

mante, Montaigne lo mide todo: la distancia, el número de veces que se baña, la cantidad de vasos que se bebe, el dinero que le cuesta alquilar los caballos. Alienta en esas anotaciones el señor alcalde de Burdeos al que nada humano le es ajeno y que no en balde ha sido reelecto, que no por nada ha obtenido el título honorario de ciudadano romano, es decir ciudadano del mundo:

“Yo decía de las ventajas de Roma, entre otras cosas, que es la ciudad más abierta al mundo, en la que a la extranjería y la diferencia de nacionalidades se le da poca importancia; por su misma naturaleza es una ciudad hecha de remiendos de extranjeros; todos están en ella como en su casa.”

Ciudadano de Roma, ciudadano del mundo. Sí, del mundo, sólo del mundo —no del trasmundo—, pero entonces *de todo el mundo*: desde las piedrecillas y arenas que arroja continua y dolorosamente por la verga hasta las ruinas de los monumentos por los cuales no se deja seducir. Montaigne corre como un arroyo a su afluente: busca el agua y encuentra la conversación, va “buscando cualquier ocasión para encontrarse con los extranjeros” (*Dv.* p. 60). Así, en el *Diario* asistimos al surgimiento de un personaje, el señor francés que pregunta y se hace querer por su comedia curiosa, el extranjero itinerante a quien los achaques no le impiden concebir paseos ni inventar fantasiosos excursos alrededor de las excursiones.

“A quienes me preguntan la razón de mis viajes suelo responder: sé de lo que huyo pero no lo que busco” (III, 9). Montaigne se aparta gustoso de la casa propia cuyo gobierno lo atormenta. Montaigne —recordémoslo— fue alcalde y hombre notable de Burdeos en una época de guerra civil y de continuas y sórdidas intrigas. Si viaja para respirar un aire menos deletéreo, no corrompido por la peste de la guerra y para solazarse en la contemplación de la diversidad moral: “todo cielo es para mí uno” —dice—, lo hace también por el placer de pasear. Lleva tan lejos su evasiva vocación, su cosmopolitismo electivo, que critica a Sócrates por haber preferido la muerte al destierro (III, 9).

“No lo emprendo ni para regresar ni para concluirlo; sólo lo emprendo para moverme mientras el movimiento me gusta. Y me paseo por pasearme.”

O bien: “Cierto: el mayor disgusto de mis peregrinaciones es que no pueda yo tomar en ellas la decisión de establecer mi residencia donde me plazca y que me sea necesario siempre posponer el regreso para acomodarme a los humores comunes.”

El arte de la digresión ensayística parece inspirarse o al menos encontrar réplica material en ese incesante deva-

neo, en ese continuo pero improvisado ir y venir que a veces hasta le llega a causar algún roce con la gente de su compañía. Montaigne abre los ojos y los oídos, sus pasos siguen los consejos que le llevan a conocer periféricas, aldeanas minucias. Abstinente, sobrio, sus únicas debilidades son la curiosidad—que lo lleva a los más recónditos manantiales— y la conversación que lo hace fraternizar con el último recién venido. Si se acerca en Roma a las prostitutas es para comprarles conversación, pero lo decepciona su insípida parquedad (*Dv.* p. 111). En cambio, en Empoli, cerca de Pisa, como “en toda Italia”, aprecia el noble arte de la gente rústica y sabe ver “a estos campesinos con el laúd en la mano y hasta a los pastores con Ariosto en los labios”, lecciones bucólicas que estima sin idealizar.

La errancia es sobre todo un conjuro contra la melancolía (*Dv.* p. 164). El viaje es una curación contra esa enfermedad del alma llamada tedio. Es un medio y un remedio contra el sufrimiento producido por la holganza: “Para mí no hay cosa más contraria a la salud como el aburrimiento y la ociosidad” (*Dv.* p. 110). Visitar las viñas y huertas de los alrededores de Roma, admirar la belleza de las antigüedades o el ingenio gracioso con que ahí se trazan los jardines son cosas que lo distraen y apartan del tedioso abismo: “Todas estas diversiones me tenían bastante ocupado y no he tenido ocasión de caer en la melancolía que es mi muerte” (*Dv.* p. 111). El movimiento a que se entrega el cuerpo en el viaje sosiega la mente: “padecía mucho de los pies pero sentía un gran alivio en la cabeza” (*Dv.* p. 110). La melancolía nace en Montaigne de una conciencia agobiante de la herencia y del entorno propios, de un malestar inequívoco hacia el propio solar: “Diógenes respondió muy a mi gusto a quien le preguntó qué tipo de vino prefería: el extranjero, dijo.”

En su escala de preferencias, el otro viene en primer lugar y él sólo respira a gusto en la inestabilidad: “Entre las condiciones humanas, ésta es asaz común: que nos gusten más las cosas extrañas que las nuestras, y amar la mudanza y el cambio” (III, 9).

A un ciudadano del mundo los sabores de la tierra nativa no le son necesariamente dulces. Pero un cosmopolita para quien el cielo es uno, tiene derecho a hablar del odio al país natal. No sólo se trata de que un *intelectual* sólo se encuentre a gusto entre libros. La ecuación entre viaje y escritura, paseo y ensayo, turismo y lectura postula una inversión radical: los medios (las sendas y caminos) se transforman en un fin en sí mismo, el camino es la meta del camino, mientras que la verdad queda suspendida, apla-

zada por la delectación del método que aplaza el fin y encarece el sentido.

[El camino] No lo emprendo ni para regresar ni para concluirlo; sólo lo emprendo para moverme mientras el movimiento me gusta. Y me paseo por pasearme. Ciertos el mayor disgusto de mis peregrinaciones es que no pueda yo tomar en ellas la decisión de establecer mi residencia donde me plazca y que me sea necesario siempre posponer el regreso para acomodarme a los humores comunes.

¿No queda claro así que Montaigne, además de evolucionar a saltos y amparado por una intermitente licencia poética, se deleita en el ensayo de su ensayo? Su camino se parece a su escritura, escribe de la misma forma que pasea: “No dibujo ninguna línea definida, ni recta ni curva.” Por lo mismo Montaigne se aleja de las conclusiones del mismo modo en que huye del sitio a donde va a reposar:

Decía también que le parecía asemejarse a aquellos que leen un cuento muy agradable y que tienen miedo de que termine pronto como ocurre con un buen libro; él mismo experimentaba un placer tan grande en viajar que odiaba la proximidad del lugar en que debía reposar, y proponía muchos proyectos para viajar a su aire si podía hacerlo. (*Dv.* p. 60.)

El recuerdo del hogar no despierta en su pecho nostalgia sino melancolía: “Cuanto más me acercaba a mi casa, más difícil se me hacía lo largo del camino.” Y se parece mucho más al escolar que no quiere saber cuándo terminarán las vacaciones que al regio Ulises desvelado por la idea de morir en el destierro.

Al igual que los *Ensayos* pero con mayor intensidad aún, el *Diario de viaje* escenifica un diálogo entre dos órdenes, la naturaleza bucólica y la mirada clínica. Por un lado el turista llamado Montaigne transita por el mundo como por un lugar ameno, un paisaje encantador y en cierto modo liso a pesar de las incomodidades y dificultades pues el Señor de la Torre viaja—él mismo lo admite— sin renunciar del todo a las ventajas o al bienestar aunque lo suyo sean los hostales limpios y honestos: “Los viajes sólo me hieren por el gasto que es grande y va más allá de mis fuerzas; como me he acostumbrado a hacerlos con un tren no sólo necesario sino incluso decoroso, tengo que hacerlos tanto más cortos y menos frecuentes.”

Las asperezas mismas del clima adornan la naturaleza que atraviesa este caballero que sabe recobrar la Arcadia

cada que pone el pie en el estribo y que ha sabido reemplazar el suspiro pastoril por la conversación al aire libre.

A diferencia del temperamento bucólico, cautivo del soliloquio,³ Montaigne dialoga. Y dialoga consigo mismo a través del contraste entre la amenidad del paisaje en que se baña —ésta es la palabra— y la aspereza, ya no digamos el dolor, a que lo somete su propia naturaleza, su cuerpo que va dejando tras de sí un rastro de cálculos y arenillas, penosamente expulsadas por la vejiga. La mirada clínica que registra con puntualidad una historia de la orina propia es fría e imparcial y no desdena dar cuenta del color o de la forma de las dolorosas piedrecillas. Contabiliza la orina lo mismo que los gastos. La mirada clínica es también ojo administrativo, tacto parsimonioso por el dinero propio y ajeno; no extraña que en el *Diario* encontremos un saber de la limosna y la mendicidad.

Imparcial y puntual también, predispuesta al solaz y atenta a los caracteres estáticos y pintorescos, la mirada del viajero descansa en el espectáculo fluido del paisaje y de las costumbres ajenas que, antes de chocarle, le divierten. El diálogo entre estas dos miradas hace pensar en una comedia donde alternan el magistrado y el poeta bajo la mirada silenciosa del sabio que conoce cuán relativas son una y otra. El trabajo que va del *Diario* a los *Ensayos* se cumple así como una elaboración que decanta la comedia trivial del enfermo itinerante, del viajero que ha sabido hacer de su enfermedad un pretexto para el paseo, elevándola a una segunda potencia donde la geometría se ablanda, la filosofía se hace chismosa, da razones menores desistiendo de la majestad de la razón universal y se abre a una escena cómica para las ideas que resuelve el misterio tremendo en ironía. Entre el paso por un escenario pastoril y la explicación médica dialogan en Montaigne dos sangres: la francesa y la judía, la primera observa y recuerda; la segunda reconstruye una cultura del éxodo, reinventa el cosmopolitismo y atraviesa el desierto para salvar, para descubrir y reescribir la Ley que el aventurero sigiloso lleva en sí mismo.

No se hace Montaigne demasiadas ilusiones sobre su tarea: “Aquí están un poco más civilmente los excrementos de un espíritu viejo, tan pronto duro, tan pronto flojo, siempre indigesto” (III, 9).

“Entre las condiciones humanas, ésta es asaz común: que nos gusten más las cosas extrañas que las nuestras, y amar la mudanza y el cambio” (III, 9).

El viaje por definición es la muerte. En más de un sentido, prepararse a morir es preparar un gran viaje. En cuanto se siente señalado por la enfermedad y la muerte, Montaigne prepara su equipaje: “vayamos a morir y a rechinar los dientes entre desconocidos; no hay mucho mal en morir lejos y apartado”. El viaje tiene la ventaja de aligerar la carga del pasajero de la muerte: “La mayoría de las cosas necesarias las llevo conmigo.” El escenario de ese último viaje deberá ostentar una “sencilla limpieza que suele encontrarse mejor en los lugares donde hay menos arte y que la naturaleza ennoblece con alguna gracia que le es propia”. Y si viajar, por lo demás, es signo de inquietud e indecisión, entonces ¿qué es lo que mejor conviene al indeciso e inquieto que se siente ahorcado por toda comodidad que no haya elegido él mismo? Si pudiese decidir su destino por él mismo Montaigne pasaría la vida a caballo con “el culo sobre la silla” —como lo ha probado con brío Lacouture.

Espejo de cuerpo entero, el viaje no traiciona: hace que la pluma obedezca a los pies y rompe el círculo vicioso del doble lenguaje que predica lo que no ejerce. Por este motivo, el *Diario de Italia* ha de ser leído menos como un borrador o una cantera —aunque desde luego lo es— que como una prueba, un examen de la conciencia escrita y por escribir a la luz de la geografía. Así, la tercera edición de los *Ensayos*, conocida como la edición de Burdeos, se lee como una corrección y como un ensanche que profundiza los surcos trazados y precisa la perspectiva del conocimiento de sí mismo gracias a la velocidad, a la sincronía obtenida por el *Diario*. En movimiento, el ondulante Montaigne accede a la quietud. El pie y la pluma alcanzan el equilibrio de las líneas paralelas que se acercan incesantemente con la promesa de cortarse en el abismo de un paseo infinitamente prolongado.

Zancadas, saltos, atajos, rodeos, desviaciones, regresos, cruces, la terminología del camino se manifiesta como un método de la escritura. Son extravíos y excursos de la libertad: “Mis fantasías se siguen, pero a veces sólo de lejos, se miran pero con vista oblicua” (III, 9). Los vasos comunicantes de las miradas oblicuas postulan una poética del reajo y recuerdan los “nudos” copiados en Italia por Durero. Estas suertes de mandalas, esas floraciones excéntricas y a veces concéntricas de la tapicería medieval o del diseño de los rosetones en los vitrales góticos encontrarán en la escritura zigzagueante de Montaigne una reescritura, otra lectura del laberinto. Montaigne, en su laberinto de ensayos que se replican y desdobl原因, se reconcilia consigo mismo: “el hombre no es más que una superposición de laberintos. Están en

³ Sobre el universo bucólico, sus valores y transformaciones: Favio Morávito, *Pastores sin ovejas*, CNCA, México, 1994.

la base de los meandros del intestino, en la cima de las circunvoluciones del cerebro y entre ambos la red infinita de las arterias y de las venas. Cuanto más laberíntico se es, más humano” (Michel Tournier a propósito de *La geometría del laberinto* de P. Conty).

“Amo la andadura poética a saltos y a zancadas”, “mi estilo y mi espíritu vagabundean por igual”.

La intermitencia, la discontinuidad no denotan una falta de consistencia en el autor sino en el lector: “Es el poco diligente lector el que pierde mi tema, no yo.” El mal lector se pierde en lo que cree un laberinto, se extravía en las entrañas de una madriguera cuyo sentido no ha sabido devanar. ¿No se percibe entonces que el paseo de Montaigne tiene no poco de danza, de jubilosa evolución y que ese viaje encubre un rito de paso? La divagación, el borronero, el ir y venir cumplen una función incubadora: en el líquido amniótico de esa dispersión parece gestarse una atención superior: una inteligencia cómplice de las diversas vanidades que interrumpen la fiesta de la razón. Burlarse de la razón, de sus héroes y monumentos es en cierto modo adelantarse a la muerte, postular la relatividad y afiliarse a una razón superior, por ser desinteresada. Este desprendimiento es acaso el método más seguro de acceder al conocimiento de sí mismo.

El viajero Montaigne ¿no tiene algo en común con Edipo? “Padecía mucho de los pies pero sentía gran alivio en la cabeza.”

Dédalo, el Minotauro y Teseo conviven en Montaigne: construye un laberinto para albergar al ser híbrido que sostiene con la escritura una relación, por decir lo menos, poderosa.

El Minotauro carece de nombre propio que lo individualice. La voz de su monstruosa especie es la palabra que le da nombre. Algunas tradiciones sostienen que la voz griega para Minotauro, pronunciada bajo ciertas condiciones, tiene efectos de conjuro: el que la pronuncia deja de ser, a medias, humano.

Montaigne anda por un laberinto cuyos planes él mismo ha establecido: sus desviaciones se lanzan entre sí miradas oblicuas.

El caballero, el diablo y la muerte, La melancolía y San Jerónimo son los tres grabados conocidos como los tres cobres magistrales —Meisterliche— trabajados con abismal minucia por Alberto Durero (1471-1528), quien muere pocos años antes del nacimiento de Montaigne (1533). La evocación de estos tres emblemas al releer los *Ensayos* quedaría autorizada sólo por las intensas relaciones que

tuvo el maestro alemán con Erasmo y su círculo. Más allá, estos grabados representan los tres modos de vida del hombre —el moral, el teologal y el intelectual— en los que se cifra un camino que va de la estética a la ética, de la política a la fantasía (*phantasia*) y a la contemplación. Ni en Durero ni en Montaigne estas figuras aparecen aisladas y estáticas; participan de un movimiento, son misterios en un camino. Se ha discutido cuál es el orden que estas figuras asumen en Durero: ¿la serie debe de abrir con el caballero y concluir con San Jerónimo o debe considerarse que el Ángel arquitecto de la Melancolía representa el pináculo de la evolución artística? Una lectura de estos emblemas desde el horizonte de los *Ensayos* postularía un camino inverso: el Ángel de la Melancolía se encontraría sin duda al principio del camino, pero el caballero no sería una representación por así decir primitiva del santo; el caballero no representaría la infancia o la adolescencia del Santo Editor de Dios sino que representaría en cierto modo su doble, pues en ambos, en el traductor y en el viajero, en el hombre del libro y en el hombre del estribo, la distancia con el hogar originario pasa a ser una condición, un principio. En el mismo sentido podría insistirse en una convivencia, en una participación simultánea de las tres personas que componen esta trinidad profana. Un diálogo incesante de la Ética, la Inteligencia y la Teología encaminaría al viajero por el camino de en medio, el camino que arranca en el cruce de caminos y se encuentra entre ellos, el camino que está entre la muerte y el diablo, entre el poder y la tentación fáustica del artista, entre la lectura y el viaje. El camino de en medio, ¿no habría que buscarlo en medio del camino? El camino medio relativiza los valores, pone, con moderación, agua en el vino. La enseñanza del camino medio es desde luego cívica y política, no sólo ética: entre ciudades y entre individuos buscamos el punto que cierra el triángulo. A su vez el camino medio por excelencia, ¿no es el cruce de caminos? El centro ¿es un camino o más bien la negación de cualquier camino?

El camino de en medio es a la vez evasivo y áspero y el laberinto más intrincado está en la línea recta: “Yerra el pueblo: se avanza hartamente más fácilmente por los extremos, pues la extremosidad sirve de límite, de contención y de guía, que por el camino de en medio, ancho y abierto” (III, 13). El diario de viaje muestra que Montaigne no desdeñaba el conocimiento del camino acaso porque sabía que el conocimiento está en el camino, que la experiencia del camino representa una de las formas básicas del conocimiento. ♦